

HERNÁN DEL SOLAR

NUESTRA LITERATURA DE 1960

ANTES DE COMENTAR brevemente los libros publicados en 1960, tratemos de encontrar los rasgos distintivos del año literario. Demos un vistazo, primeramente, a los editores. Advertimos que, dentro de un ritmo habitual de producción, no han desatendido las reediciones de buenas obras, algunas de las cuales faltaban desde largo tiempo, como las de Federico Gana, por fin reunidas en un volumen cuidadosamente estudiado. Además, han dado visible acogida al género del ensayo. Estos dos hechos nos sitúan frente a una posible madurez del lector, que incita a los editores a no entregarse a la busca indistinta de simples "novedades", para ocuparse de la calidad, de los libros que merecen una permanencia, como también del afán de estudio de ciertos escritores y de un lector cada vez más numeroso.

Zig-Zag ha acrecentado el porcentaje de obras chilenas en su publicación anual. Nascimento sigue siendo el baluarte de los mejores poetas y de los buenos prosistas nacionales. Editorial del Nuevo Extremo continúa su juvenil aventura, con certera selección de títulos. La Universitaria acelera su producción y nos entrega algunos de los libros más valiosos del año. Pacífico prosigue su variada labor y Ercilla marca lentamente el paso, procurando que se recuerde su existencia.

Aparecen nuevos sellos editoriales: "Mazorca", refugio de cuentistas y poetas jóvenes, y otros de cuya vida nada puede decirse aún, porque el riesgo de la muerte cercana asedia siempre a los recién nacidos. En cuanto a las Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, sus títulos se suman de continuo y es de

esperar que el montón crezca y se haga picacho con vista a cuanto rincón tiene el país.

Pasemos ahora a otra actividad: los talleres literarios. Entre alabanzas y aplausos, como entre mofas y gruñidos, se han abierto en diversas partes. No sabemos cómo actúan casi todos; pero aseguramos que ninguno posee la organización ni las posibilidades del que mantiene la Universidad de Concepción. Lo visitamos y nuestra impresión fue excelente. Dirigido por Fernando Alegría, asesorado por escritores de bien definida personalidad y ampliamente conocedores de su oficio, el Taller de Escritores de la Universidad de Concepción marcará honda huella, sin duda, en nuestra vida literaria actual.

En suma, 1960 es año que indica rumbos. Ya veremos si ensanchan o angostan.

LA POESIA

Como siempre, los poetas abundan más que los prosistas. Es decir, los que escriben versos, que no es lo mismo. Pero hay que darles un nombre, y quien se encoja de hombros al oírlo mejor hará tranquilizándose, porque la vida es corta y la tolerancia —aunque no se sospeche— es una virtud que ayuda a mantenerla sin arrugas.

Desde luego —y celebrémoslo cordialmente— el Premio Nacional de Literatura se concedió a un gran poeta: Julio Barrenechea. No publicó libro alguno durante el año —ni se exige tal cosa para el Premio—; pero la verdad es que cada una de sus obras está como recién publicada apenas la releemos: la guardamos en la memoria y, no obstante, nos parece nueva. No es culpa suya que nos rejuvenezca el mundo.

Acerquémonos en seguida a tres libros de incuestionable significación. Se trata de poetas consagrados que sostienen en ellos su generosa integridad: Humberto Díaz Casanueva, con "Los Penitenciales"; Rosamel del Valle, con "El Corazón Escrito"; y Juvencio Valle con "Del Monte en la Ladera". Los dos primeros, poetas insobornables, rigurosos, poseedores de una intui-

ción poderosa que traen a la conciencia un conjunto de realidades que le son desconocidas, yacentes al fondo de los sueños, del recinto hermético de lo inconsciente; y el tercero, poeta que nos da su obra maestra sumiéndose en lo más íntimo de sus tierras del Sur, entre bosques y fábulas. Bastarían estos tres libros para que 1960 nos enorgulleciera. Pero hay otros que también se conquistan nuestra admiración: "Enjambre" y "El Pan del Hombre", de Efraín Barquero, voz segura, ascendente, estremecida por la belleza oculta de las cosas cotidianas; y "Las Nubes y los Años", de Fernando González Urizar, cantor amargo y fuerte de la fuga del tiempo, de la esperanza que brota entre las quiebras de la angustia.

Otras obras que se recuerdan: "Sin Título", poemas iniciales de Raquel Señoret; "Desde la Lumbre", emotivos poemas de Fernando de Lastra; "Voces Lejanas", selección de los mejores versos de Antonio Orrego Barros, muchos de ellos recogidos en recomendables antologías; "Ultimos Poemas", libro póstumo de Gabriela Huneus; "Espejos en el Aire", por Escilda Greve; "Todo lo que yo Amé", por Benjamín Morgado, páginas sencillas y sentimentales; "Enemiga del Sol", por Alfonso Gómez Líbano; "Austro Herido", breves y hermosos poemas de Víctor Franzani; "Romance de la Independencia", por Eduardo Zegers, evocador de nuestros días heroicos; "Bodas de Luciérnagas", por Ramón Lira; "Garganta de Fuego", por Eugenio García Díaz; "El Angel se despierta", antología poética infantil de Alfonso Larrahona Kasten; "Aleluyas para los más chiquitos", por Marta Brunet, volumen ilustrado por Roser Brú; y "Antología para el Sesquicentenario", selección del ensayista Juan Uribe Echevarría.

Todos estos libros señalan una laboriosidad poética incansable. 1960 no fue, pues, un año que cerrara las puertas a la poesía. Ninguno podrá ser descortés en lo futuro, como no pudo serlo en lo pasado, porque lo cierto es que nuestro país se distingue no sólo por los historiadores —como algunos lo creyeron— sino por sus poetas, a veces altísimos, y siempre —sin que importe su altura— entregados a su quehacer.

NOVELAS Y CUENTOS

Carlos Droguett, autor de "60 Muertos en la Escalera" (Primer premio, hace años, en el Concurso de Novelas Nascimento) nos da esta vez otra novela premiada —ahora, en España— que lo afirma en el lugar privilegiado, que todos le reconocemos, entre nuestros principales novelistas. Se titula "Eloy". Es la historia de un bandolero acosado por la policía, en medio de los campos. Hombre recio, altivo, valeroso, pone una inquebrantable voluntad en su defensa. Son los últimos minutos de su vida. A su alrededor, la soledad, el abandono, una porfiada cacería que somete a prueba su astucia y su coraje. Nada más, si nos atenemos al argumento. Pero el novelista entra en la corriente de la conciencia de su personaje y nos muestra, con maestría singular, la vida profunda de un hombre simple. Su estilo es admirable, inconfundible, preciso. Una honda poesía se enreda en los hechos rudos. Nos hallamos ante un novelista sobremanera valioso.

Carlos Rozas, autor de "Isla Negra" —libro de estampas en que hombres y cosas se diseñan nítidamente— publica su novela "Campo Viejo", que lo sitúa de inmediato entre los más duraderos novelistas campesinos con que contamos. Si es un firme pintor de paisajes y costumbres, con rica sobriedad de estilo, sobresale principalmente por su penetración de sicólogo. Los personajes de su excelente novela son tan auténticos que con ellos convivimos en todo instante. Se le ha comparado con Federico Gana, maestro permanente de nuestra prosa narrativa; pero nos parece más cercano al argentino Guiraldes. Sea como fuere —que esto es siempre debatible y de muy relativa importancia—, Carlos Rozas se asemeja primordialmente a sí mismo, y esto importa muchísimo más. Acerca de este autor diremos que, en 1960, fue premiado —con Alfonso Echeverría Yáñez— en el gran concurso de cuentos de "Life". Concurseron buenos escritores de América. Rozas Larraín se distinguió entre los mejores.

Citemos dos breves novelas reveladoras de autores de alto rango, aunque se les conozca poco todavía: "Misa de Réquiem",

de Guillermo Blanco, y "La Fosa", de Helvio Soto. Las señalamos cordialmente, convencidos de que Blanco y Soto alcanzarán en muy escaso tiempo un renombre digno de su talento evidentísimo.

Manuel Rojas, nuestro gran novelista, cuyas obras maestras "Lanchas en la Bahía", "Hijo de Ladrón" y "Mejor que el Vino" le conquistan fama continental, decide en "Punta de Rieles" realizar un experimento que, aparentemente, lo aproxima a "Palmeras Salvajes", de Faulkner. Es un libro débil, falso, que se salva porque Manuel Rojas es un diestro narrador y consigue interesar con cuanto le venga en gana. Pero no basta esta gran virtud para escribir debidamente una novela. Se necesitan otras, que aquí no aparecieron.

Demos una ojeada a otras novelas. Dos, ante todo: "Angeles bajo la Lluvia", de Armando Cassigoli, y "Crónica del Hombre", de Hernán Jaramillo. No tienen semejanza alguna, están en extremos opuestos; pero cada una, por razones diversas, sobresale en su estilo. "Angeles bajo la Lluvia" es una novela de nuestros campos, vigorosa, llena de humor, de sagacidad psicológica, de vida actual, chilena; "Crónica del Hombre" es un relato que transcurre en tierras distantes, en tiempos muy antiguos, y en sus páginas ha acumulado su autor, con mano diligente, hondas experiencias, delicada poesía, enseñanzas morales. Cassigoli manifiesta dominio de su técnica novelesca, mueve innumerables personajes, cada cual con perfil propio, y con notable reciedumbre expresiva nos sumerge en una historia de paso lento, resonante. Jaramillo, autor de relatos criollistas tan reales como "Cuero Duro", tarda 30 años en escribir su último libro y nos sorprende con sus sutilezas, su fantasía, su preocupación de la lucha que el bien y el mal traban en varones remotos, bíblicamente capacitados para soportarla y adquirir un sentido muy íntimo de la existencia.

Enumeramos otras novelas que deben mencionarse: "Don Helmut", de C. Fuenzalida Valdivia; "La Doble Muerte de Felipe Villagrán", de Vicente Salas Viú; "Regreso al Edén", de Luis Meléndez; "De Otra Arcilla", de Gloria Montaldo; "Tiempo de buscar", de Osvaldo Eusquiza; "El Corregidor de Calicanto", de Jorge Inostrosa.

Llegamos, de este modo, a los cuentos, género difícil que en 1960 abordaron muy celebrados escritores. Fernando Alegría nos da "El Cataclismo", páginas en que el estilo ágil, el conocimiento de los hombres, una técnica audaz se asocian extraordinariamente para forjar unas inolvidables narraciones. José Donoso, con "El Charlestón", renueva la maestría que nos hizo ver en su novela "Coronación", y una vez más camina con paso firme entre nuestros prosistas más destacados. Miguel Serrano, en su bello y breve volumen "Las Visitas de la Reina de Saba", que prologa el eminente sicólogo Jung, hace gala de estilo depurado, sencillo, y cuenta hermosos sueños que vienen del recinto de lo subconsciente y se muestran nimbados por un secreto que el alma se empeña en descifrar, guiada por la mano de una sabia y pura poesía.

A estos volúmenes se añaden, sin menoscabo, dos que tratan de gente humilde: "El Pan bajo la Bota", de Nicomedes Guzmán, narrador henchido de ternura y fortaleza; "El Funeral del Diablo", de Maité Allamand, escritora que evoca con emoción verdadera la vida campesina. Hay más: "Ruidos en el Espejo", primer libro de Fernando Rivas; "La Calchona", de Abraham Pimstein Lamm; "Un Pez en la Portada", de Ximena Adriazola; "La Isla de los Gatos", de María Urzúa; "Relatos Prohibidos", de Vicente Parrini Ortiz; "Alucinación", de Héctor Carreño Latorre; la antología en que 6 escritores de origen yugoslavo —Pepita Turina, Francisco Berzovic, Zlatko Brncic, Simón Eterovic, Domingo Mihovilovic Mertic, y Antonio Skarmeta— tributan un homenaje a nuestro sesquicentenario; y, por último, "La Revancha", de Luis A. Acuña; "De Poeta y de Loco", de E. Schettino; "Umbral", de J. Rodríguez L.; "Antología de Cuentistas Desconocidos", que presenta a Silvia Barella, Armando y Sergio Bueno, Javier Rodríguez, Tulio Espinoza y Luis Fernando Urrea; "El Cangallero", de Eduardo Aguirre Ortiz; "Aquella Lluvia Lenta", de Luis Vulliamy; "Cuentos de Cámara", de Cristián Huneeus. Todos estos libros muestran un encomiable esfuerzo y más de uno incita a un comentario detenido que el espacio, a pesar nuestro, nos impide.

Pero no seguiremos adelante sin celebrar la antología de las mejores páginas de González Vera —"Aprendiz de Hombre"—,

cuyo prólogo, selección y notas son del escritor argentino Enrique Espinoza. Estamos aquí ante un libro que bien harían los escritores nuevos en leer con infatigable atención.

EL ENSAYO

El ensayo es un género, como anteriormente anotamos, que empieza a cultivarse entre nosotros con creciente interés. El público lo busca y, por tanto, no lo arrinconan con desdén las editoriales, abriendo así una ruta a la curiosidad intelectual, a las inquietudes del espíritu y el amor disciplinado del estudio.

No podemos glosar aquí estos libros tan extensamente como deseamos. Lo hicimos en ocasión oportuna, a su aparición, de manera que en esta crónica únicamente los señalaremos, seguros de que ya el lector los conoce y estima.

Alone, Premio Nacional de Literatura 1959, publica "Memorialistas Chilenos". Con su lenguaje personalísimo, sobrio, natural, elegante, su percepción muy honda, su ingenio fino, su juicio exacto, nuestro gran crítico echa a caminar por los recuerdos de escritores de diverso tiempo, índole y condición, para reseñarnos a través de sus opiniones un cuadro vivo de muchos aspectos de nuestra historia, en general, y de la mentalidad y los sentimientos de autores que expresaron, en sus memorias, su sentido de la época en que actuaron, de los hombres y las cosas con que convivieron. Es un libro de apasionante interés no sólo para un mejor conocimiento de nuestra literatura sino para inteligente entretenimiento del lector, que compara, juzga, aprecia o desestima hechos y personajes.

Luis Merino Reyes ordena en su "Panorama de la Literatura Chilena", sin ímpetu pedagógico ni dogmático, el paisaje literario nacional, otorgándole a cada época y cada autor que le parece significativo la mención que le corresponde.

Jorge Millas, en su "Ensayos sobre la Historia Espiritual de Occidente", reúne un primer grupo de estudios acerca de los movimientos fundamentales que han creado y fortalecido la actividad espiritual de que dependemos los occidentales. Idioma limpio, estimaciones certeras, vasta cultura son los rasgos que caracterizan estas páginas.

Félix Martínez Bonati, en un volumen muy breve, presenta con un don de síntesis nada común "Las Ideas Estéticas de Schiller". El Dr. Martínez Bonati estudió largos años en Alemania y ahí adquirió el método, la disciplina, el rigor tan cabalmente advertibles en este importante trabajo.

Luis Oyarzún, poeta de noble sensibilidad, se nos muestra como en sus poemas de más alto nivel, en sus notas de viaje "Diario de Oriente", preocupado por el espíritu del hombre en su tránsito por el destino. La actitud es la misma: interrogaciones que aspiran a una respuesta en que se vislumbre el significado de la vida y se encuentre, para el desasosiego interior, una norma que lleve a una conducta de plenitud humana. Aquí escribe el poeta en una prosa de gran sencillez y belleza. Sus observaciones de Rusia, China y la India son las de un hombre cordial, ejercitado en la contemplación, que extrae de la inteligencia y de los sentimientos, en un proceso de búsquedas y hallazgos, el conocimiento de la realidad y de la fábula con que trenzamos la existencia.

Claudio Giaconi publica "Un Hombre en la Trampa: Gogol", libro de intención encomiable en que el ruso genial se relaciona no sólo con su tiempo sino con el presente y quizá el futuro imprevisible. Por desgracia, hay juicios precipitados, afirmaciones rotundas que no se sostienen, valoraciones arbitrarias, definiciones confusas cuando no desacertadas.

Manuel Rojas selecciona en "El Arbol Siempre Verde" algunos trabajos acerca de literatura en general y de su obra novelesca. Asoaman algunos misterios que no descifra: qué es el estilo, qué la crítica, qué el hombre americano. Mucho se ha escrito acerca de tales cosas y se continuará escribiendo.

Hernán Ramírez Necochea diseña con pericia histórica un perfil de "Balmaceda"; Alberto Baltra Cortés, el de "Pedro Aguirre Cerda". Julio Tapia C. se ocupa prolijamente de trazar el panorama de la vida de la Iglesia, en "Teocracia Católica". Fernando González, en "Chile en la Balanza", analiza problemas actuales. Sergio Guillisasti, con honrada objetividad y pulcritud, nos enfrenta en "Camino de la Política" con todos los partidos, sus principios y figuras dirigentes.

REEDICIONES

Creemos que 1960 nos demuestra más abundantemente que otros años cómo nuestros buenos autores cuenta con un público que les es adicto y les pone, por encima de los vaivenes de comentarios y silencio, entre sus preferencias estables. Todos los géneros y las más varias tendencias aparecen en la solicitud de los lectores.

“La Quinta Dimensión”, de Arturo Aldunate Phillips, indica que el ensayo de divulgación científica atrae el favor de quienes, en número creciente, se aproximan a las obras que explican con claridad las actividades de la ciencia y de la técnica. En este libro encuentran la glosa amena y responsable de la aventura del hombre, a través de las edades, en su exploración de la naturaleza, para descubrirle sus leyes y conseguir un sentido del Universo cada vez más preciso. Estudioso, honrado, inquieto, Aldunate Phillips analiza la esforzada labor de los matemáticos, los químicos, los físicos, y forja —tras su exposición de tan ininterrumpida faena— una secreta dimensión humana que se vincula estrechamente con el sentimiento de la divinidad.

Las “Obras Completas de Federico Gana”, en un volumen de nutrida composición, colma un vacío que se sentía penosamente. Nuestro gran cuentista, padre del criollismo, empezaba a ser conocido de nuestra juventud sólo por medio de alusiones, críticas sin método, lectura momentánea de algún relato aparecido en una que otra antología. Aquí se tiene, por fin, la obra entera de Federico Gana —sus cuentos, sus poemas en prosa, sus artículos, etc.— con acucioso prólogo de Alfonso Escudero y un postfacio espléndido de Alone.

Otros autores reeditados: Mariano Latorre, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Salvador Reyes, Gonzalo Drago, Fernando Santiván, Magdalena Petit, Jaime Eyzaguirre, Lautaro Yankas, María Flora Yáñez, Jerónimo Lagos Lisboa, Jenaro Prieto. Algunos de ellos, con varias de sus obras. En resumen, autores —casi todos— que no necesitan propaganda, que el público sostiene para honra de nuestra literatura en estos años y —seguramente— en muchos venideros.